

Enlutados el alma y el traje
Como el cielo y el piélago insomne,
Al cinto la espada, tu potro encaminas
Ribera adelante con recio galope.

Á combate mortal te ha retado
En la playa, con duros reproches,
Soberbio el hermano de aquella á quien labran
Demencia y martirio guirnaldas y dote.

Pero Dios, que llamarte á su seno
Y tu mano estrechar se propone,
Te impide á la liza llegar; no permite
Que manche tu diestra la sangre de un hombre.

En profético anuncio está escrito
Que en la móvil arena te alojes;
Que á un tiempo se extingan tu vida y tu raza
Del mar, que hoy el viento subleva, en los bordes.

Á ignorado sepulcro, no al duelo,
Del furor y la angustia al azote,
La espada en el cinto y el luto en el alma,
Tu potro encaminas con recio galope.

Á su casco la arena cediendo,
En recónditos senos absorbe
Corcel y jinete y acero; promesas
De imperio y venganza; estirpe y blasones.

Y tu airón ha dejado en la playa
Negra pluma del cuervo del bosque,
Á tí y á los tuyos aciago apellido . . .
¡Tu fin esa pluma nos dice y tu nombre!

1890.

EL VALLE DE ORIZABA.



NIEBLAS Y SOL.—LA CIUDAD.—INDUSTRIA Y CULTURA.—RINCÓN GRANDE.
BARRIO NUEVO.—LA APARICIÓN.—DESPEDIDA.

¿Viniendo á tí desde región lejana,
Ya enamorada el alma peregrina,
Le escondes tu beldad? ¿Así ¡oh sultana!
Te envuelves en la pálida neblina?

Acaricióme en la nativa tierra
Siendo yo niño sin afán ni empeños,
Y para mí, ciudad, valles y sierra
Poblaba de fantasmas y de sueños.

¿Al sol de Abril, que en otros cielos brilla,
Y á quien te viene á ver te has ocultado
Porque pienses acaso, Pluviosilla,
Que igual bien no ha de haber al bien soñado?

Pues mira cómo, huyendo en su cohorte
De nubes hacia el piélago sombrío
Y libre el campo al sol dejando el norte,
Con tu beldad patente me extasío.

De ásperos cerros y de blandas lomas
Al pie tendida en húmida floresta,
Grupos finge de cándidas palomas
Cabe la fuente en abrasada siesta.

Cielo azul, fértil suelo, dulee clima
Y alegres manantiales y hondos ríos;
Nieve polar eterna en la alta cima
Y en el llano feraz calor de estíos;

Crece el tabaco allí, flor da el cafeto
Y al viento ondea la amarilla caña,
Mientras la sierra eriza rudo abeto,
Mina de mármol es cada montaña.

De la ciudad no lejos, red tupida
Forman pueblos y fábricas y aldeas:
Murmura por doquier fuente escondida,
Humo arrojan las altas chimeneas.

¿Qué rumor ó qué vista más preciados
Que los que ofrece la colmena humana?
Ved al obrero aquí; de todos lados
Surge y se agita, en progresar se afana.

No en balde al contemplarte el peregrino,
Si de tu sierra al pie la planta posa,
Halla que, coronando tu destino,
Rica y grande has de ser al par que hermosa.

Pero no de tu cielo el brillo sumo
Ni la voz de tus pájaros gimiendo
Empaña de tus máquinas el humo,
Logra acallar la industria con su estruendo.

Si del sendero humilde que recorre
La hormiga laboriosa no se aleja,

Cantan las golondrinas en la torre
Y el espacio y el sol busca la abeja.

Si dan vida á tus bosques tibio ambiente,
Nieblas y sol y arroyo fugitivo,
En su cariño á tí, Dios á tu gente
Dió noble corazón é ingenio vivo.

Dióle el valor con que la altura invades
Á que á llegar aspira ánimo recto,
Y en el pecho encendió de tus beldades
Piedad sincera, inextinguible afecto.

¿Qué extraño si en jardines y alamedas
De belleza y amor eterno idilio,
Con tus bardos dulcísimos remedas
Los inmortales cantos de Virgilio?

Pero dejad que aquí mi tienda siente
Do la vista y el ánimo se expande,
Y, hasta llegar la noche, mire enfrente
La cascada gentil de Rincón Grande.

¡Qué riscos, cerros, lomas y montañas
Inundadas en luz! ¡Qué oscuro y hondo
El valle ahí! ¡Qué de álamos y cañas!
¡Cuán copioso el raudal, cuán claro el fondo!

Entre rocas y helechos, de la altura
Lamiendo el pie, bajo su negro flanco,
Se adelanta del bosque á la espesura
Con curvas de serpiente el Río Blanco.

Por su potente voz como atraído,
De su cauce, más alto, al fin se escapa
Y en el Blanco se arroja, con ruido
Cual de tormenta olímpica, el Tilapa.

Del cantil hasta el borde llega oculto
Entre apiñados cerros, peñas, frondas,
Y surge de repente inmenso el bulto
Cándido y espumoso de sus ondas.

Se viste el muro, cual tajado á pico,
De cortina de hierba opaca y bruna,
Y ciega en la cadente masa el rico
Fulgor como de nieves y de luna.

Revuelan ó en las cumbres hacen alto
Las aves contemplando sus reflejos;
Y en valle y monte en derredor, del salto
La atronadora voz se oye muy lejos.

Ya unidos ambos ríos, poderosa
Se dilata y serena su corriente
De Barrio Nuevo hasta la cuenca umbrosa
Que nadie sin pavor miró de frente.

Las montañas allí tocan el cielo
Casi á plomo cortadas, y al pie mismo
Dellas, nos falta de repente el suelo
Y su lóbrego seno abre el abismo.

Bosque de liquidámbares añoso
Cruza el raudal, y súbito le falta
Suelo también, y al hondo y ancho foso
La formidable mole hirviente salta.

Finge espectro titánico delante
Del seno á que se arroja temerario,
Quedando en pie al caer y amenazante,
Envuelto en el blanquísimo sudario.

El final de la rápida caída
Abajo en torno vela opaca bruma,

Y, de la vespertina luz teñida,
Baña peñascos y árboles la espuma.

Sin tregua el ronco estruendo á lo alto sube
Con más y más fragor, como si en Mayo
Del negro hinchado seno de la nube
Vibra la tempestad rayo tras rayo.

Mientras el sol el Occidente inflama,
Órbitas grandes traza en tardo vuelo
Sobre el haz del abismo que la llama,
Águila regia y se remonta al cielo.

¡Qué sitios y qué escenas! Á su vista,
Naturaleza, en reverente pasmo
Quedo, y del labio la mudez me atrista,
Aunque agite mi sér hondo entusiasmo.

Solo no estoy. Mi espíritu te nombra,
Mi corazón te llama ¡oh compañera
De mis últimos sueños! y en la sombra
Del bosque surges ya gentil palmera.

Alta y regia y airosa la estatura,
Helénica la forma peregrina,
Con voz de oculta fuente que murmura,
Con rostro de expresión toda divina;

En desvelos y penas refrigerio,
Paz y valor al ánima cobarde,
Estrella que entre sombras y misterio
Alegra las tristezas de la tarde;

Pues conmigo á esta selva solitaria
Vienes piadosa al declinar el día,
Ante grandeza tal entona el aria
Que yo siento y no canto ¡oh Poesía!

Y siempre sienta yo, libre de enojos
Aunque sabiendo que te adoro en vano,
La casta luz de tus divinos ojos,
La presión cariñosa de tu mano.

Mágica tierra ¡adiós! ¿Será que olvide
Yo tu beldad porque de tí me alejo?
Si mañana ancho espacio nos divide,
Mi corazón en tu recinto dejo.

El bardo humilde á recordar se atreve
La montaña sin par de tus montañas:
Si en él inspiración y voz son nieve,
Aun hay fuego de amor en sus entrañas.

¡Regio volcán, esfuerzo de gigante
Del polvo vil para escalar la altura,
Que envuelto en argentada vestidura
Te alzas á ver el piélago de Atlante!

Mientras el claro sol tu cono alumbre
Que en plata el hielo enriqueció perene,
Señal de puerto próximo tu cumbre
Al nauta dé que á nuestras playas viene.

Sabe ya el orbe, de la fama al canto
Tras el fragor de la extinguida guerra,
Que ahí en tu falda se atesora cuanto
De bueno y de gentil hay en la tierra.

Orizaba, Abril 7 de 1891.

DE TENNYSON.

DORA

I

En la granja de Alán, colono viejo,
Guillermo el hijo y la sobrina DORA
Viven con él. Los ve á menudo, y piensa:
“Él ha de ser marido y ella esposa.”
La voluntad comparte ella del tío
En casos graves ó de escasa monta,
Y á Guillermo se inclina; mas el joven,
Como con ella habita, piensa en otras.
Llega día en que el padre llama al hijo
Y “Tarde me casé, dice: no importa:
Un nieto ver quisiera en mis rodillas
Antes que cierre el ojo. En cierta boda
Mi corazón he puesto: y, en resumen,
Si no lo has hecho ya, fíjate en Dora
Que te conviene asaz: mira que es ella,
Magüer su poca edad, muy económica:
Es hija de mi hermano, con quien tuve
Duras palabras: él partió en mal hora
Yendo á morir en extranjera playa,
Y á su niña amparé, de él en memoria.
Tómala por mujer: lo he deseado
Día y noche por años.” Clara y corta

Del hijo la respuesta fué: "No puedo,
Ni casarme querré jamás con Dora."
Enfurecióse Alán: las manos alza:
"¿Que no querrás?" pregunta con voz sorda:
"¿Y á decirlo te atreves? En mi tiempo
La palabra paterna fué ley sola,
Y tal hoy ha de ser: piénsalo y mira
Que un mes aguardaré sin que respondas.
Mas si no me complaces, por Dios vivo,
Guillermo, que alistando irás la alforja,
Y que nunca los claros de mis puertas
Ha de volver á oscurecer tu sombra."

II

Ha contestado á locas el mancebo,
Y se muerde los labios y se aparta;
Y mientras más el caso considera
Y á la doncella ve, menos la ama.
Duros sus modos son; mas ella todo
Sabe sobrellevar piadosa y blanda.
Antes del mes auséntase Guillermo
Del propio umbral, y por mezquina paga
Dedicase á labrar ajeno campo;
Y, mitad por amor, mitad por rabia,
De otro agrícola al fruto, que es María,
Enamora, y con ella, al fin, se casa.
Cuando á lo lejos con repique alegre
Solemnizan la boda las campanas,
Hace llamar Alán á la sobrina
Y se expresa con ella así: "Muchacha,
Te quiero, y bien; mas oye: si por suerte
Con el que fué mi hijo una vez hablas,
Ó con aquella á quien Guillermo esposa
Apellidando está, cruzas palabra,
Mi voluntad es ley; ya te lo advierto:
Se te cierran las puertas de mi casa."

Dora, sumisa, obedecer promete,
Aunque una voz en sus adentros clama:
"Esto no puede ser." De que su tío
Cambie, se forja inútil esperanza.
Y avanzando va el tiempo, y á Guillermo
Nácele un niño, y la pobreza amarga
Se le viene é juntar. Todos los días
Delante del hogar paterno pasa;
Pero su padre, en vez de darle ayuda,
Vuelve á su roto corazón la espalda.
Dora, entretanto, ahorra y les envía
Lo que logra acopiar, y con tal maña,
Que la familia mísera la fuente
Pueda ignorar de que el auxilio mana.
Meses y años transcurren, y maligna
Fiebre á Guillermo desdichado asalta
Al acercarse el tiempo de la siega,
Y entre afán y dolores rinde el alma.

III

Llega Dora á la casa de María
Que, muda y no sin lágrimas, al niño
Contempla, y contra Dora está labrando
En su imaginación amargos juicios.
Y se le acerca Dora y esto dice:
"He cumplido el mandato de mi tío,
Y he pecado en cumplir, pues á Guillermo
En su origen el mal por mí le vino.
Mas, por aquel que ha muerto, por tí misma
Á quien él eligió, por este niño
Huérfano suyo, vengo. Tú bien sabes
Que la cosecha como nunca ha sido
Copiosa: pues permíteme que lleve
De regreso, en mis brazos á tu hijo,
Y le esponga á los ojos del abuelo
En las gavillas del segado trigo

Para que, alegre el corazón, mirando
De la cosecha propia el fruto opimo,
Su ánimo se dilate, y, en memoria
De quien ya nos dejó, bendiga al niño."
Tómale Dora y llévale del campo
Al través y hasta no sembrado sitio,
Y en el seto en que abundan amapolas
Siéntase: aunque á lo lejos pasa el tío
Y no la ve, los segadores callan
Que allí Dora le aguarda con el chico.
Bien hubiera querido ir á su encuentro,
Pero se acobardó. Y en su ejercicio
Siguen los segadores, y el sol baja
Y se enluta la tierra. Al tenue brillo
De la mañana Dora al seto vuelve,
Y al pequeñuelo con afán prolijo
Teje guirnalda de silvestres flores
Para que el viejo Alán le halle más lindo.
Al venir á las éras el colono
Vióla al cabo, y con ánimo propicio,
Dejando la cuadrilla, se le acerca.
"Dónde has estado ayer, Dora?" le dijo:
"¿Quién es ese rapaz? ¿Qué estáis haciendo
Aquí los dos?" En ademán sumiso,
Los ojos en el suelo, ella responde:
"Del difunto Guillermo este es el hijo."
"¿Cómo, replica el otro, haces aquello
Que tú sabes muy bien que te prohibo?"
"Has de mí lo que quieras, Dora exclama;
Pero acoge á este pobre huerfanito:
Acógele y bendícele en memoria
De quien tanto sufrió, de quien ya es ido."
"Bien lo descubro, bien, añade el viejo:
Trágica escena, alambicado arbitrio
Que tú y la otra aparejasteis ¡Vaya!
¿Mi deber á enseñarme habéis venido?
Es mi palabra ley. ¿La quebrantasteis?
Pues bien, esto se hará: recojo al niño;

Y tú, largo de aquí, jamás me veas."
Y así diciendo, en brazos toma al chico,
Que rompe en llanto y por soltarse pugna.
La sarta de amapolas y de lirios
Cae á los pies de Dora: ella las manos
Junta en angustia hondísima: han partido
Alán y el pequeñuelo, y del segundo
Lejanos más y más oye los gritos.
La faz inclina, en sus desdichas piensa,
Y solloza y abísmase. . . . Y el trigo
Siguen segando allí los segadores,
Y si la luz se fué, la sombra vino.

IV

Llama Dora á la puerta de María
Que, al notar que el rapaz no está con ella,
Si se conmueve un punto, á Dios alaba
Que en su viudez le imparte ayuda y fuerzas.
Y Dora: "Al niño recogió mi tío,
Conturbada le dice; mas tú deja
Que yo viva y trabaje en unión tuya,
Pues de su casa ciérrame las puertas."
"Nunca ha de ser, respóndele María,
Que tú, sin culpa, cargues con mis penas;
Y, ahora que yo bien medito el caso,
Es imposible que á su lado crezca
El hijo de mi amor: á imagen suya
El corazón le tornaría en piedra,
Y á despreciar á su infelice madre
Le enseñara. . . . ¡Jamás! Á toda priesa
Vamos las dos á recobrar el niño:
Le rogaré que á recibirte vuelva:
Si no lo hiciere, viviremos juntas,
Trabajaremos juntas por la prenda
Que me dejó Guillermo, hasta que un día
Hombre, á las dos ampare y favorezca."

Hablan esto las dos, y con ternura
En la pálida faz ambas se besan.
Del colono á la granja se encaminan:
Sin llave y entornada está la puerta:
El interior atisban: es de noche:
Alán al chico en sus rodillas sienta,
Con los brazos le enlaza, y acaricia
Su breve faz; sus manecillas tiernas.
El consentido nieto, que ha corrido
De sol á sol, se estira ó despereza,
Ó al ver al fuego del hogar brillando
En el pecho de Alán la áurea cadena
De su reloj, en charla incomprensible
Rompe, asirla queriendo. Las dos entran,
Y no bien á la madre ha visto el niño,
Grita con el afán de irse con ella.
Pónele en tierra el viejo, á quien María
Dijo: "Señor y padre, si toleras
Que tal nombre te dé: nunca he pedido
Por mí, ni por Guillermo, ni por esta
Prenda que me dejó; mas á pedirte
Vengo que á recibir á Dora vuelvas,
Que bien te quiere. Ha muerto mi marido
En paz con todos, sí: jamás pudiera
De su boda conmigo arrepentirse,
Que yo su esposa fuí sufrida y tierna:
Aquesto á mis preguntas respondía,
Y agregaba en hondísima tristeza
Que haberte contrariado le pesaba,
Y al fin clamó: *¡Dios le bendiga! Y pueda
Siempre ignorar mi padre las espinas
De que sembrada hallé mi árida senda!*
Y así clamando, á la pared el rostro
Vuelve, y durmióse en paz. Desdicha fiera
Cércame, y hoy, señor, recobro al niño,
Á quien tornarás duro: la paterna
Sombra no en esta casa invocaría:
Dora contigo vuelve, y así queda

Todo conforme estuvo." Mientras habla
De tal modo la madre, Dora, presa
Del temor, á su espalda, oculta el rostro,
Y el silencio en la estancia á poco reina.

V

Rómpele al fin el viejo sollozando,
Y "He pecado, murmura: he sido reo
De la muerte del hijo á quien amaba.
¡Dios me perdone, sí! Bésame ¡oh nieto!"
Las mujeres y el niño á un tiempo mismo
Cercan y abrazan todos al abuelo,
Y una vez y otra bésanle. La antigua
Ternura, á él centuplicada ha vuelto:
Halla en las propias lágrimas la sola
Medicina de atroz remordimiento:
Y el antes duro Alán la noche pasa
Llorando sobre el hijo de Guillermo
Y en Guillermo pensando . . . Así, á los cuatro
Desde entonces cobija un mismo techo:
Y transcurren los años, y María
Lígase ante el altar en lazo nuevo:
Dora, de abnegación y amor dechado,
Al viejo mima, y sin casarse ha muerto.